



CAPÍTULO XIII.

EL MONTE LIBANO.

NINGUNA montaña me ha causado mas admiracion que la del Libano. Tiene un aspecto de grandeza que no se encuentra ni en los Alpes ni en el monte Tauro. Sus perfiles y sus cumbres pertenecen al género sublime, sin que las diversas partes de que se componen dejen de ser graciosas y llenas de variedad en el colorido. Es el Libano un monte escelso, tan solemne en su estructura, como famoso en su nombre. Al verlo, creia tener delante unos nuevos Alpes trasladados al Asia, cuyas enriscadas cimas casi se desvanecian en la profunda serenidad de un cielo siempre brillante. Parece que los rayos del sol lucen perpetuamente sobre sus al-

turas, y que la claridad de su luz es igual al candor de la nieve que las corona. La cordillera sobre que descansan se despliega á la vista por mas de setenta leguas, desde el cabo de Saida, ó sea la antigua Sidon, hasta las cercanías de Latakia, donde comienza á deprimirse, como para dar lugar al monte Tauro que estiende sus faldas hácia las llanuras de Alejandreta.

De las cadenas de montes que se derivan del Libano, unas se levantan casi perpendicularmente sobre el mar, con aldeas y conventos fabricados sobre grandes precipicios; y otras, alejándose de la marina, forman inmensos espacios, dejando largos trechos de verdura, ó listas de arenas doradas entre ellos y las olas. Centenares de velas surcan aquellas aguas, y toman puerto en las numerosas radas de que está sembrada la costa. La mar, teñida de azul oscuro, refleja en sus dilatadas ondas, cual si fueran de cristal, aquellos montes. El embate de las aguas produce á lo largo de la playa un murmullo grave y armonioso, que sube á los montes, se deja ver en ellos bajo las sombras de los algarrobos y las viñas, y dilatándose despues por los campos, los llena, por decirlo así, de sonoridad y de vida. Desde el sitio donde yo estaba veia á manó derecha allá abajo la costa de Bayruth, formada de una serie de pequeñas lenguas de tierra, entapizadas de césped y defendidas únicamente de las olas por una línea de rocas y escollos, cubiertos en la mayor parte de ruinas de antiguos edificios. Unos médanos de arena rojiza, muy parecida á la que hay en los desiertos de Egipto, se adelan-

tan á lo léjos hácia el mar, formando un cabo que sirve de punto de señal á los marineros. En su cumbre se ven en forma de parasol muchos pinos de Italia. Fijando en ellos la vista, se divisa entre sus troncos, allá en último término, otra cadena del mismo Líbano, y el saliente promontorio en que está hoy situado Sour, y estuvo en otro tiempo la famosa Tiro.

Cuando me volvía al lado opuesto al mar, no me cansaba de ver los altos minaretes de las mezquitas, que como columnas aisladas se levantaban á mucha altura rodeadas de la atmósfera pura y transparente de la mañana: las fortificaciones moriscas que dominan la ciudad, y cuyos muros hendidos prestan apoyo á una porcion de enredaderas, de cabra-higos y alhelies: las almenas ovaladas de los muros de defensa: los bosques de moreras sembrados en la campiña: las casas de campo y las cabañas de los labradores siros esparcidas aquí y allí con bello desórden: mas allá de esto los verdes prados de Bayruth, cercados de colinas, adornados de edificios pintorescos, de mezquitas, de conventos griegos y maronitas, y cubiertos de cosechas tan ricas como las que producen las fértiles colinas de Grenoble y Chambery: y por término de este hermoso cuadro, tenia siempre delante el monte Líbano, cuyas profundas quiebras y portentosas masas, ó bien producian abajo fuertes sombras, ó bien hacian brillar arriba sus eternas nieves, poniendo con ellas un término á la escena en la vasta estension del horizonte.

Nos acercamos á esos famosos cedros, respetables

restos de todo ese bosque donde el rey Salomon hizo cortar los árboles necesarios para la construcción del templo de Jerusalem; henos ahí transportados á un nuevo país, admirable por su vejetacion, donde el Jordán y mil otros arroyos toman nacimiento; donde los monasterios que asoman tras las cumbres de los peñascos recuerdan los primitivos tiempos de la Iglesia. Es la comarca donde Lady Stanhope, la sobrina de un gran ministro de Inglaterra, se ha fundado una especie de imperio moral sobre los pueblos que la rodean, afectando algunas veces el lenguaje de una inspirada, y buscando una celebridad estraña, consume sus riquezas y su existencia representando un papel cuyo verdadero secreto nadie conoce.

El Líbano, dice un escritor viagero, ofrece el espectáculo de las grandes montañas. A cada paso se encuentran escenas en que la naturaleza despliega todo su gusto, toda su grandeza y toda su variedad. Si llega uno por la parte del mar, sus gigantescas masas, que suben á las nubes, inspiran admiracion y respeto. Si mira uno la corona sucesiva de montañas, llaman su atencion distintos objetos, y de cerca encuentra muy pequeño todo cuanto de léjos le habia parecido grandioso. No sin placer se ve el valle cubierto de nubes borrascosas, y uno se sonrie viendo debajo de sus piés el trueno que ántes resonaba sobre su cabeza, y nos envanece el haber llegado á la cúspide de tantas cumbres que nos parecian amenazadoras. Pero si se recorre el interior de esa cadena de montañas, la aspereza de los

caminos, la rapidez de las vertientes y la profundidad de los precipicios, empiezan á asustarnos. Sin embargo, confiando en sus diestras caballerías examina el viajero las vistas pintorescas que se suceden rápidamente. Aquí, como en los Alpes, se caminan días enteros para llegar á un pueblo que vimos al ponernos en marcha; bájase, se sube, se trepa por los riscos, y entre tanto una especie de poder mágico va mudando las decoraciones de la escena.

Después de esta ojeada general y rápida, preciso será detenernos en algunos pormenores sobre las montañas y el valle delicioso del Líbano:

En el mes de noviembre, así que han principiado las lluvias, renace una nueva primavera, los sitios cultivados del Líbano y las fértiles colinas de las cercanías de Bayruth se cubren en pocos días de vegetales y de flores, y como nadando en ese océano de verdura, se ven las habitaciones diseminadas en la llanura. Unos pequeños senderos conducen de casa en casa y de colina en colina al través de esos jardines que se estienden desde el mar hasta el pié del Líbano. Las familias griegas, siriacas y árabes que le habitan, no tienen nada de salvaje ni de bárbaro; mas instruidos los habitantes que nuestros provinciales, todos saben leer, entienden dos lenguas, el árabe y el griego; son sobrios, laboriosos y de condición suave, y como toda la semana están sobremanera ocupados, se solazan el domingo después de haber asistido á los divinos oficios. Imposible sería entonces describir los admirables grupos que

forman las aldeanas en la campiña: todos los días se ven rostros que Rafael no llegó á entrever aun en sus sueños de artista...

Lamartine, de quien hemos copiado la descripción anterior, se detiene en el más hermoso de esos paisajes, y dice:

„Es un valle superior, abierto de oriente á occidente, y como metido en la última cadena de montañas que se adelantan hácia el grande valle por donde corre el Narh-Bayruth. Nada puede describir la prodigiosa vegetación de sus márgenes. Todo el valle parece á cierta distancia cubierto de musgo. Uno está mirando siempre y no se cansa de mirar, sino para elevar sus ojos al cielo buscando el origen de tantas maravillas.

„Subimos hasta el primer convento que, semejante á un castillo, se eleva sobre un pedestal de granito, y recorrimos las celdas, el refectorio y las capillas. Los religiosos, volviendo del trabajo, se encontraban en el patio desunciendo los bueyes, sin ruido, sin gritos y sin afectación de silencio, obedeciendo solo á una regla severa é inflexible. Sus semblantes eran tranquilos y serenos, respirando paz y contento, y ofreciendo más que otra cosa el aspecto de una comunidad de labradores. Cuando hubo dado la hora de la comida, entraron en el refectorio, no todos juntos sino uno á uno ó de dos en dos, según que habían terminado más ó menos pronto sus tareas. La comida consistió como de costumbre en dos ó tres galletas de harina petrificada y secada, mas bien que cocida, y un poco

de queso, cosa que comieron de pié ó sentados sobre el suelo. Despues de haber comido como ellos y bebido un vaso de excelente vino del Líbano que debimos á la generosidad del superior, visitamos algunas celdas. La vista de que se goza desde ellas y desde casi todos los demas conventos es admirable; en primer lugar las vertientes del Líbano, luego despues el mar, con sus golfos, sus orillas, y sus blancas velas que le recorren en todos sentidos, he aquí el horizonte que incessantemente se ofrece á las miradas de aquellos religiosos. La comunidad posee muy poco terreno, y no recibe mas individuos que los que puede mantener. Jamas se oye hablar de un escándalo dado por esos religiosos; nadie murmura contra ellos, y el convento no es mas que una pobre granja cuyos domésticos no reciben por todo salario mas que el techo, la comida de un anacoreta, y las oraciones de sus compañeros."

Entre los conventos que se encuentran en la cordillera del Líbano debe mencionarse el de San Antonio, fundado en el mismo lugar donde el santo pasó la mayor parte de su vida en la soledad y en la meditacion; el número regular de religiosos es de sesenta á ochenta. Algunos de ellos, deseando imitar de un modo mas completo la vida ascética de su patron, habitan algunas pequeñas celdas ó solitarias ermitas en las rocas que se levantan sobre el convento. Los que mueren son enterrados en una gruta con su mismo hábito: un viajero vió uno de ellos que parecia haber estado al abrigo de toda corrupcion.

Entre los ricos y magníficos cuadros del Líbano, pintados por Lamartine, daremos el siguiente que representa una escena campestre y religiosa de los Maronitas. A cada inflexion que da el torrente que baja de las nieves, y donde habia alguna estension de terreno, se veia algun convento de Maronitas, edificado con piedras negras y rojizas, y el humo que salia de él se elevaba á los aires entre las copas de los álamos y cipreses. En torno de los conventos, pequeños campos formados sobre la roca estaban cultivados como los jardines mejor cuidados de nuestras casas de campo, y acá y allá se veian maronitas con sus capillas negras que volvian del trabajo campestre, unos con la azada en el hombro, otros conducian sus cortas manadas de potros árabes, algunos llevaban la esteva del arado, y picaban á los bueyes entre las moreras. Muchas de aquellas casas de oracion y de labor estaban colgadas con sus capillas y ermitaños sobre las estremidades avanzadas de dos grandes cadenas de montañas: algunas habitaciones eran como grutas de bestias salvages: allí habia solo un arco de que estaba colgada una campana, y alguna pequeña azotea donde los monjes viejos ó enfermos salian á respirar el aire y ver el sol. En algunos precipicios en que no podian los ojos hallar el paso, estaba un convento, una soledad, un oratorio, una ermita, y algunas figuras de solitarios vagando entre las rocas y los arbustos, trabajando, leyendo ú orando. Solo el pincel pudiera pintar estos retiros multiplicados y pintorescos: cada roca parece que ha producido su celda, cada

gruta su ermitaño: cada fuente tiene movimiento y vida: cada árbol su solitario á la sombra: por donde quiera que se vuelva la vista se ve como animarse el valle, la montaña, los precipicios, y en aquellas masas eternas se presenta una escena de vida y contemplacion. Luego que se pone el sol, cesan los trabajos del dia, y todas las figuras negras dispersas por el valle, vuelven á sus grutas ó á sus monasterios. Tocan las campanas por todas partes avisando que es la hora del recogimiento y del oficio de la noche: se corresponde el toque de las campanas desde las orillas opuestas del valle, y mil ecos de las grutas y precipicios lo repiten en murmullo confuso, mezclado con los mugidos del torrente, de los cedros, y de mil cascadas sonoras que se precipitan de aquellos montes. Sigue un rato de silencio, y llena despues el valle en nuevo ruido mas dulce, mas melancólico y mas grave, y es el canto de los salmos, que levantándose de cada monasterio, de cada iglesia, de cada oratorio, y de cada celda de las rocas, se mezcla y confunde y llega hasta nosotros: despues una nube perfumó el aire que habrian podido respirar los ángeles: por nuestra parte, nos quedamos mudos y encantados; entónces comprendimos como la voz humana pueda vivificar á la naturaleza mas muerta.

Los cedros.--Antes de visitar estos famosos cedros despaché tres árabes á examinar el camino, y volvieron diciéndome que por entónces era casi imposible transitarlo, pues que se necesitaba atravesar un valle estrecho, donde habia mas de catorce piés de nieve. Qui-

se, á pesar de esto, seguir adelante, y tomé algunos ginetes que me acompañasen. Partimos al amanecer, y despues de andar algunas horas, ya entre las rocas de la montaña, ya por campos encharcados con el agua que bajaba de los hielos, llegamos á la orilla del valle de los Santos; valle profundo, sombrío y taciturno que se descubre desde aquellas eminencias. Al fin de él, hácia la parte adonde toca con lo mas alto del monte, hay una cascada magnífica, que baja de las nieves, cae á mas de cien piés de profundidad, y abraza una estension de cosa de doscientas toesas. Todo el valle resuena con el golpe de las aguas, y las peñas por donde ellas bajan se ven cubiertas de espuma. En el fondo hay dos aldeas, cuyas casas se confunden entre las enormes rocas que ha desprendido en su curso el torrente. Las copas de los álamos blancos y moreras, nacidos en aquella profundidad, nos parecían desde arriba no mas grandes que si fueran juncos ó yerbas. Mas allá de la cascada vimos una estension inmensa cubierta de hielo, de donde se levantaban unos ligeros vapores; y despues de haber caminado cosa de un cuarto de hora por una especie de cañada que forman las cimas mas empinadas del Libano, divisamos una como mancha grande y oscura sobre la nieve. Formábanla los famosos cedros, los cuales coronan, como una diadema, la frente de la montaña, y miran á sus piés los grandes y numerosos valles que cercan su falda. Picamos los caballos y echamos á galopar con ánimo de llegar al bosque; pero á cosa de quinientos ó seiscientos

pasos de él, los caballos se atascaron en la nieve hasta los pechos, con lo que nos fué imposible pasar adelante. Vimos entónces que las noticias que nos habian dado del camino los árabes eran exactas, y que era preciso renunciar al deseo que teniamos de tocar con la mano á esas reliquias del tiempo y de la naturaleza. Bajamos de nuestros caballos, y sentados sobre una roca nos contentamos con mirarlas.

Son estos árboles los monumentos naturales mas célebres que existen en el universo, consagrados igualmente por la religion, la historia y la poesía. Se encuentran citados y celebrados en muchos lugares de la Sagrada Escritura, y son una de las imágenes de que usan los profetas con mas frecuencia. Salomon quiso consagrar algunos de ellos á la fábrica y ornato del templo primero que se hizo en el mundo al verdadero Dios, movido sin duda de la fama de magnificencia, y aun de santidad, que ya tenian entónces estos prodigios de la naturaleza. Los árabes los miran con una gran veneracion (que viene de padres á hijos), y creen erradamente que no solo están dotados de un vigor vegetativo que los hace vivir perpetuamente, sino que hay en ellos una alma adornada de sabiduría y de prevision. Estos árboles, dicen, adivinan el cambio de las estaciones: cuando va á nevar ó vuelve el buen tiempo, mueven sus ramas como si fueran sus miembros; las estienen ó las recogen; elevan sus cúspides al cielo ó las bajan hasta la tierra; son, en fin, unos seres divinos en forma de árboles. Crecen únicamente en las cumbres

del Líbano, y sus raíces prenden y se estienden en un lugar donde toda otra vegetacion perece. Esto llena de asombro á los pueblos del Oriente, y yo no sé si tambien se asombrará la ciencia. Pero ¡ay! el monte de Basan desfallece, y el Carmelo y la flor del Líbano se marchitan. Los cedros disminuyen en cada siglo. En otro tiempo contaban los viajeros treinta ó cuarenta: despues hubo diez y siete: estos se redujeron á doce; y hoy no hay mas que siete, los que por la antigüedad que manifiestan parecen ser de las épocas de la Biblia. Al rededor de estos antiguos testigos del tiempo, sabedores de la historia y de las vicisitudes humanas, hay un bosque como de cuatrocientos ó quinientos cedritos nuevos. Cada año, en el mes de junio, se reunen los habitantes de las poblaciones vecinas y hacen celebrar una misa á la sombra de los cedros. ¡Qué templo tan magestuoso, tan cercano al cielo y tan sublime, es el que ofrece entónces la cumbre del Líbano, cubierta con aquellos antiguos árboles, cuyas hojas sagradas han dado sombra y la seguirán dando á tantas generaciones humanas, que adoran á Dios y reconocen sus beneficios! Yo tambien le adoré á vista de ellos, y me parecia que el viento resonaba lleno de armonía entre sus tendidas ramas, y que tocando despues á mi rostro, enjugaba en él las lágrimas de dolor y adoracion que derramaban mis ojos.

Míranse con una especie de respeto los árboles centenarios. Algunos hay, como en la selva de Fontainebleau, que llevan por ejemplo los nombres del rey

y de la reina; otros dan sombra á alguna estatua de la Virgen, ó de algun santo patron. En los lugares ménos favorables á la vegetacion, encontrareis con frecuencia una cruz cobijada por árboles que cuentan por siglos su existencia. Olmos hay que dan sombra á la plaza de una aldea, donde los ancianos del pais se reunen al salir de la iglesia, y donde por la tarde bailan alegremente las doncellas. Entre los antiguos eran sagrados los árboles, y por lo mismo no es extraño que los cedros del Líbano merezcan y obtengan una especie de veneracion que ha contribuido á prolongar su existencia y á llamar la atencion de los viajeros.

Los cedros, que cubren con sus ramas horizontales la cumbre del Líbano, son respetables ruinas, al modo que esos antiguos monumentos que al cabo de muchos siglos se encuentran en pié todavía, como desafiando la mano de los hombres y el poder del tiempo. Por un privilegio que les es comun con los olivos de la misma region, esos hermosos árboles se renuevan y se perpetúan para ocultar á los curiosos el secreto de su antiguo origen, para recordar los grandes y gloriosos acontecimientos que han pasado bajo su sombra, y para coronar en fin dignamente la montaña cuya historia se enlaza con la de Jerusalem, con el templo de los judíos, y con el admirable pais en que vegetan. No disputaremos, como algunos viajeros, sobre su antigüedad, pues es preciso visitarlos con respeto para que nos cuenten lo que han visto hace tres

mil años, puesto que un árbol viejo encierra algunas veces la crónica de un pais.

Esos cedros famosos, que segun espresion del Rey profeta, fueron plantados por el mismo Dios, y cuyo gran número ha disminuido infinito, son de una corpulencia extraordinaria, de manera que seis hombres no pueden abrazar uno, y hasta los hay que tienen seis toesas de circunferencia. Repútanse tan antiguos, que segun tradicion, pertenecen al tiempo de Salomon. La copa de los grandes cedros se ensancha en la cumbre y forma una especie de parasol. Algunos de los cedros actuales se dividen á cierta altura en cinco ó seis ramas principales que parecen otros tantos árboles implantados en el tronco. Aunque estos cedros no tienen otra particularidad que esa prodigiosa corpulencia que atestigua su remota antigüedad, no serian ménos dignos de visitarse, si es cierto lo que afirman muchos viajeros, de que en ninguna otra montaña del globo han visto otros semejantes.

Con el objeto de conservar los cedros mas antiguos, el patriarca ha creído deber escomulgar á cuantos cortasen de ellos la menor rama sin un permiso formal. Sin embargo, el temor no ha sido á veces bastante fuerte para prevenir contravenciones á esta disposicion.

“Al salir de Beyrouth, dice el anciano Geramb, habia prometido á una jóven de las mas amables que he visto en mi vida, á una niña de diez años, de figura angelical, á la señorita Julia de Lamartine, grabar en la mas corpulenta encina del Líbano el nombre de

su padre, el de su madre, y en seguida el suyo: y cumplí mi palabra á pesar de que la ejecucion fuese mas difícil de lo que yo creia, de manera que tuve el gusto de pensar que cuando el ilustre poeta llegase á los cedros, veria de léjos los nombres de su familia, tan gratos á su corazon.

„Permanecí en medio de los cedros unas cuatro horas. Largo rato me paseé solo en la oscuridad religiosa que me rodeaba. En mi ánimo buscaba los recuerdos de su antigua gloria; y meditando despues en su larga existencia, que me hacia saludablemente sentir la brevedad de la nuestra, consolábase mi alma de la rapidez con que pasan los dias pensando en la eternidad que nos espera. No pude alejarme sin volver veinte veces la cabeza, y sin exhalar involuntariamente algunos suspiros.”

Tres poblaciones muy diferentes viven en el monte Líbano; la primera es la de los Maronitas.

El origen de los Maronitas está lleno de oscuridad. La historia, tan incompleta en todo lo que concierne á los primeros siglos de nuestra era, deja mil dudas sobre la verdadera causa de esta institucion. Los Maronitas tienen pocos libros, y estos están por lo comun desnudos de critica y de pruebas. Sin embargo, como en estas materias vale mas atenerse á lo que los pueblos saben de sí mismos que á las vanas especulaciones de los viajeros, no dudo esponer aqui el origen de los Maronitas, tal como ellos lo refieren.

Vivia á fines del siglo IV un santo ermitaño lla-

mado Maron, de quien dan alguna noticia Teodoreto y San Juan Crisóstomo. Vivía en el desierto; pero sus discípulos se esparcieron en la Siria, donde fundaron varios conventos, siendo el principal de ellos el que estaba en las inmediaciones de Apamea, sobre las fértiles orillas de Orontes. Todos los cristianos siros no contaminados con la heregía del Monotelismo, se acogieron á estos conventos, por cuya circunstancia fueron conocidos desde entónces con el nombre de *Maronitas*. Ellos forman hoy un pueblo, cuyo gobierno consiste en una antigua y pura teocracia, la cual dura, á pesar de la tiranía musulmana, que amenaza constantemente destruirla. Los principios de libertad civil germinan á su sombra, y están prontos á desenvolverse. La nacion que los profesa se componia en 1784 de ciento veinte mil almas: hoy (1833) cuenta mas de doscientas mil, y va en aumento todos los dias. Ocupa en la actualidad un territorio de cerca de ciento cincuenta leguas cuadradas, pero sin límites fijos. La poblacion se estiende desde las faldas del Líbano hasta las llanuras inmediatas, y va ganando terreno á proporcion que se aumenta. La ciudad de Zarklea, situada á la entrada del valle Bká, frente de Balbek, hace veinte años que tenia apenas doscientos habitantes, y hoy cuenta de diez á doce mil, siendo su aumento siempre progresivo.

Los Maronitas están sometidos en lo político al emir Beskir, y forman, unidos á los Druzos y Metualos, una especie de confederacion despótica. Aunque los miem-